1
233770

Cachondeos mat



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1

233770

47/150 5158

Cachondeos matrimoniales

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

I

De los matrimonios que en el mundo han sido el más desigual, sin duda, el más disparatado es el de que vamos a ocuparnos.

Policarpo el marido, un semivejete de cincuenta y cinco a sesenta inviernos, con más ganas de cuidar sus plantas y sus flores que de otra cosa, con menos preponderancias viriles que un monigote del pim-pam-pum.

Vamos, un marido completamente fuera de servicio activo.

Ella en cambio, Restituta, más sanguínea que un demonio, con más ganas de pelea que cualquier gallo, con más disposiciones y más calórico para las batallas de amor que la propia Agripina madre del tremebundo Nerón, emperador romano.

Júzguese por la siguiente escena de la susodicha diferencia y hasta de la contra-

R. 322417-2

posición de ambos temperamentos.

El calor aprieta que es una bendición.

Doña Restituta, o *Restita* como cariñosamente la llama el marido, en la casa de campo, cerca de la Corte que poseen en un bonito pueblecillo, duerme la siesta; bajo un copudo manzano.

Dormida o no, que esto queda por averiguar la jamona sueña en algo muy delicioso sin duda, puesto que pronuncia nombre ajenos a la familia.

(Olvidábamos consignar que nuestro matrimonio carece de fruto de bendición)...

—«Voy allá, sí... Serafín... Será... el fin de mis penas la manzana que me brindas»—dice con vz melífua la sensual hembra dejando que sus manos vaguen en libertad por entre sus ropas, con ánimo de hallar lo que la acalorada mente le sugiere.

—«Voy allá... Serafinito... prenda de adorno, chachito de tu *Restita*, perita, en dulce... Manzanita del paraíso».

(Se conoce que le daba por las frutas en especial a la buena señora).

En tanto se entretenía con sus inocentes sueños; aproxímase quedamente el bragazas del marido que, naturalista ante todo, anda persiguiendo una linda maripo-

sa, mejor: una pareja de ellas que inquietas, veloces y tornadizas como todas, pósanse en cien puntos distintos, dando no poco que hacer y que saltar al pobre Policarpo.

—¡Carambola!... Vaya un par precioso...

—¡Serafín!... Mío... Mío... ¡hi, hi!...

—Alguien llora o maya por ahí .. ¡Va!

—Quien seres tú, Serafinillo?... ¡Rico!...

—Mi mujer se ha trastocado...

—Dame la manzana...

—Y estos ejemplares que tanto me gustan...

—¡Dámela... dámela!... ¡Métemela entre los labios tu mismo! ¡Sera... fín!... ¡Monín!...

—¡Si está soñando esa bobalicona!... Anda: ya decía yo... ¿Pero quien será Serafín...

—¡Mírame!... No me hagas sufrir...

Las dos mariposas se habían parado ahora en la cima de un arbusto, junto al cuerpo exhuberante de la dormida.

Las mariposas, una después de otra, por raro capricho, que son propios de tales animalitos, plantáronse ahora una encima de cada muslo, soberbias estátuas de carne, de la bella Restituta que permanecía en

postura por demás académica, con los muslos al aire y otras intimidades ni poco ni mucbo ocultas...

Pero como ésta tenía el cuerpo casi oculto por unos ramajes y sólo aparecían fragmentos de dichos soberbios muslos a la vista, el buen Policarpo no vió las desnudeces aún sin que le llamara la atención otra cosa, que los dos lindos ejemplares que perseguía...

De pronto ¡trás!... Un soberbio manotazo del naturalista encima de uno de los rollizos muslos, a fin de atrapar las mariposillas.

—¡Bruto!... ¡Demonio!...

—¿Quién se queja por ahí?...

—Imbécil... ¡Tú habías de ser!... Porque has de pegarme... ¡dí! ¡salvaje!

—Que pegar, mujercita mía... Si son mis lepidópteros los que me han hecho atizarte... sin querer, te lo juro...

—¿Pero es que no tienes ojos?...

—Ojos no faltan... Pero como este paraje de la selva está un tanto oscuro, querida mía...

—Sí, sí... ¡querida mía!

—El caso es que mis lepidópteros...

—Pero ¡loco!... Que más lepidóptero que yo... ¿No me tienes a mí?

—No es lo mismo... Como tú hay muchas...

—¿Me has mirado bien?

—Calcula... Siendo mi mujercita...

—¡Nada! ¿No te dicen nada ni mis carnes desnudas, ni mis anhelos de goce, ni mis instancias para lograr eso?

—Y ¿qué es *eso*?...

—La dicha... a que tengo derecho. Mis muslos de terciopelo nada dicen a tus sentidos: prefieres el terciopelo de las alas de tus mariposas ¡bragazas!

—Pero hija... no seas así... ¿Ves? En tanto tú soñabas con un *Serafín*... Cuidado que ir a soñar con un ser sobrenatural...

—¡Ah!... No me lo recuerdes... ¡Que feliz era hace un rato!...

—Ese serafín, no se si humano o sufraterreno, te entregaba una manzana al parecer...

—Y acariciaba las mías... ¿Ves, éstas? ¡Mis pechos!...

—Sí... sí ¡ya!

—¡Ya!... Y lo dices tan frescote... Pero no sientes nada ¡dí, marmolillo!...

—¡Oh! Sí tal... La ciencia... Los dípteros, los hemípteros... los lepidópteros... Que linda cosa una bella colección de mariposas y escarabajos de color como los de las Indias occidentales...

—¡Anda y que te zurzan!...
—¿Llevo algún roto?... Puede...
—Que te aspen... marido-títere...
—Mujer volcánica... ¿No tienes a Serafín para tus ajetreos lúbricos?... Entonces...
—No es lo mismo... Un sueño impalpable ¡en tanto que yo necesito algo corpóreo... algo que vibre... que se mueva... ¡ah! ¡ah! soy la esposa más desdichada del globo terráqueo!...

II

Aquella noche había anunciada en casa de D. Serafín de Rojas, una sesión de espiritismo en toda regla.
—¡Nerón va a llegar en seguida.
—¿Cómo lo sabes?...
—Le he evocado hace hora y media.
—¡Pero andará tan lejos el pobre!...
—Y dime; ¿la buena Safo, vendrá también?...
—Las mujeres son más rebeldes... Pero probaremos.
—Monada... ¿Y su espíritu, cual es?—preguntaba un fingido aficionado a la bella Restituta.

—Mi espíritu... Usted caballero...
—¡Gracias!...
(Y la tocaba algo, pues la sala estaba casi a oscuras).
—¡Qué exhuberantes nalgas!...
—Mi marido no hace caso...
—¿Vamos a evocar espíritus?
—Para luego es tarde.
Alzóse la primera pareja. Restituta-Medrano y fuéronse a un saloncillo próximo, pues para las evocaciones... Reinaba la oscuridad más completa, pues para las evocaciones la luz estorba...
—En tanto Medrano ya había metido mano entre las faldas de ella.
Las piernas eran estudiadas, medidas, auscultadas en todos sentidos...
—¡Ay!
—¿Qué pasa?...
—He dado con un aparato... Y no sé lo que es...
—Es que, como es usted novata... Es el aparato evocado... Una invención mía... Completamente mía...
—Es que creo que oscila el tal aparato.
—Así es... Oscila según la fuerza de la evocación...
—A ver, explique eso... no acabo de entender...
—Sencillísimo... Pero...

—¿Me besa usted entre los senos?

—Es de rúbrica... Verá usted cuan pronto llegamos al fin.

***

Otra pareja, Castuera y la linda Remedios; dos jóvenes semitimidos estaban evocando igualmente; eran casados.

—¿Me das eso?

—¿El qué?...

—Tu aparato...

—Aún no... Espera.

—Eres un marido posma...

—Hija... Y si viene Serafin, mi amigo?...

—¡Déjate de pamemas!... Yo necesito eso...

—¡Fogosa estás, hija!

—¡Tu dirás!... ¡A ver!... La Restituta esa y el amartelado que se trae no han dejado de achucharse ni un instante en la mesa...

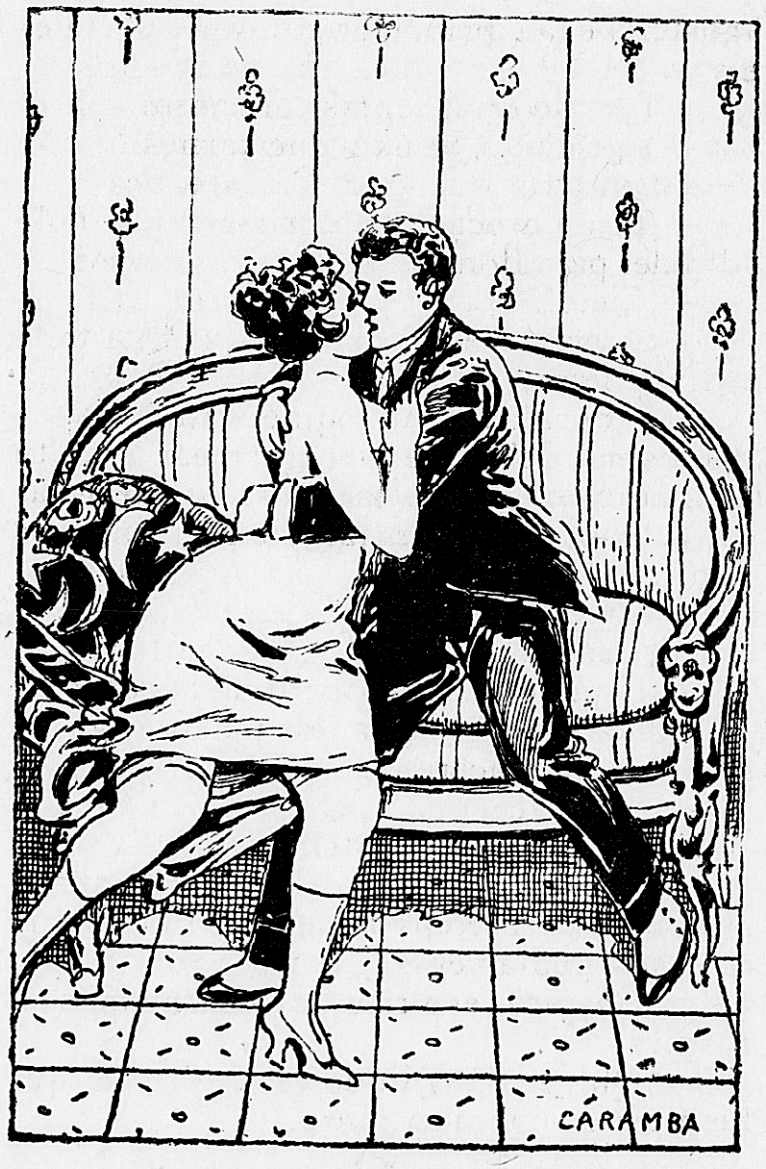
—¡Bien!... ¡Bien!... ¿Quién te quiere a ti?...

—¡Riquín!... ¡Mi maridito!...

—Pues échate ahí... y evocaremos mejor...

Ella se echo encima de un sofá ancho y cómodo.

Sus bellas pantorrillas, sus muslos robustos aparecen sucesivamente; el calor



agosteño es el principal causante de tales excesos.

—Tira de estas cintas, precioso...

—Ya está... ¡Jesús y qué carnes!...

—Son para tí... ¿Y tu aparato?

—¿El de evocar?... Lo traigo en el bolsillo del pantalón.

—¡Cielo!...

—¡Acércate más!... ¡Que te sienta toda encima de mí...

—¿Ahora?... ¡Ah!... quietecito; que tus manos no dejen de oprimirme... que tu lengua me explique esas cosas misteriosas de la evocación que tan bien sabes, ¡rico mío!...

—¿Evoco ahora?

—¡Venga!...

—¡Espíritu!... ¡Espíritu de la carne!...

Ella repetía palabra por palabra, gozosa, ébria de placeres...

—...de la carne...

—Abre bien tus potencias...

—potencias—repetia ella (y las abría, sin duda: pero como aquello era tan oscuro, nada podia verse).

—¡Suspira, espíritu de la carne blanca, suspira!...

- ¡Oh!... ¡Qué lindo es eso!... Y que bien evocas, monín mío...

***

En esto llegaba el dueño de la casa, el apuesto Serafin, temeroso y falso amigo de los espíritus, fingiéndose espíritu convencido, porque cada vez que le gustaba una casada—estas eran sus predilectas—sentíase de repente aficionado a los gustos y costumbres del marido de la asediada... ¡Era un vivo el tal Serafin!

Ahora se explica el nombre evocado por Restituta, sorprendida por su marido en sueños...

Llegar y mirar por el ojo de la cerradura en la habitación ocupada por Restituta y su compañero el Sr. Medrano, y ver lo que vió...

A ella en brazos de su adorador, quien la estrechaba y la besaba y la acariciaba con furor reconcentrado

—¡Bien va!...—pensó Serafin pasando a la habitación ocupada por la pareja Castuera Remedios...

—¡Esos están «evocando»; menos mal que son marido y mujer. «¡Oh!... Lo que es esta Restituta tiene que ser mía hoy mismo. «¿No me ha invitado Castuera a visitar una finca suya?... Iremos.

III

Costuera en efecto, habia heredado una

antigua casa solariega de sus abuelos...

La llamaban la casa de los duendes... Pues tenía sus leyendas que nosotros no tenemos espacio para explicar aquí.

—¡Bien venidos!...

—¡Gracias!... ¡Bien hallado!...

—¿Pasaremos al comedor?... El lunch nos espera.

—Vamos allá...

Eran seis parejas... Tres de ellas de casados; entre estos Restituta y su estatuario marido...

Serafin presentóse con su prima Liberata una soberbia rubia de formas apetitosísimas...

—¿Te bañas en la alberca, prima?

—Si te bañas tu, con mucho gusto...

—¿Qué van a decir esos?...

—¡Qué les importa!... Desnudémonos.

—Pronto, y antes lo hubieras dicho.

—¡Qué fresquita está el agua!...

—¡Oh! Me ha picado un bichito aquí en este muslo...

—¡Yo se lo veré... querida!...

—No, prefiero a Serafin... Es más entendido y más...

Momentos después hallábanse ambas soberbias hembras tendidas, como bacantes junto al grueso tronco del tilo.

—¿Ves, primo? La señora tiene unas

caderas...

—Sí pero usted me gana a muslos...

—Algo más gruesos... pero es poca cosa—aseguró Serafin, disimulando sus sensaciones, ante tan soberanos atractivos.

—¡Repica a gloria hijo!...

—¡Voy, voy!...—Y repicaba «a gloria» en las nalgas fastuosas de su prima.

—Restituta... ¿Repica usted?...

—No me atrevo...

Pusiéronse en pie los tres; comenzaron a juguetear como tres chiquillos, corriendo al rededor del añoso árbol y repiqueteándose en las nalgas, en los muslos... Jadeaban; suspiraban... Gozaban lo indecible...

—A las doce en mi alcoba...—decía Restituta al oído a Serafin.

—Entendidos... ¿Y su marido?

—¡Bah!... No se preocupe... El no para mientes más que en sus mariposas.

—¿Qué te ha dicho?—preguntaba la prima Liberata.

—A las diez me aguarda en su alcoba...

—Pensais «evocar los espíritus» como en la ciudad?..

—Aquí mejor que en ningún lado. Ya ves: la «casa de los duendes» tiene que justificar su fama...

Separáronse riendo... prometiéndose la

prima Liberata, por su parte no faltar a la sesión.

***

—¿Has oido, Remedios?

—Si, pichón... Pero ¡que nos importa!

—Son las doce... La hora de los duendes...

—¡Bah!... Tonterías... ¿Es en la habitación deshabitada?

—Justamente.., La hemos cedido a Restituta, apesar de haberla advertido de sus peligros..,

—¿Peligros a ella?... No hay duende que la intimide...

—Gocemos ahora otra vez... para que a la hora de la evocación no nos sorprenda con las manos en la masa... ¡Amor mio, bèsame otra vez!...

—¡Otra y mil!—replica Castuera con ardor...

Efectivamente aquella noche en evocación extraordinaria debían presentarse varios espíritus familiares, aun no evocados por los aficionados al ocultismo, unos por guasa, otros por verdadera fè en sus efectos maravillosos.

La sesión, preparada como siempre por el acerrimo espiritista don Policarpo, el frío consorte de la sensual Restituta.

Sonaron solemnes las doce campanadas

en la torre del castillo vecino...

Las seis parejas, convocados por la hora mágica acudieron al salón de evocaciones... Decimos, seis parejas; pero no eran mas que cinco... de las que habían acudido a la casa solariega en busca de emociones...

La pareja Serafin-Restituta solo hicieron acto rápido de presencia... y se largaron bonitamente a la alcoba de la última... Claro; como nadie notaría su desaparición por hallarse el salón casi por completo en tinieblas, según es de ritual...

Entretanto las manos de los concurrentes estaban puestas encima de la mesa central...

—Espíritu! llamó con voz opaca el pobre don Policarpo...

—¿Qué ocurre?.. respondió dentro la alcoba ocupada por Restituta y Serafin otra voz... mucho más cavernosa aun. Estoy!.., entre llamas!... No estoy libre!... Ay! Ay... repetía lugubre la voz misteriosa...

—¿Quién es ese Serafin que mi mujer evoca?

—¿Y tu quien eres para hacer esa pregunta?.. Estúpido!.. Morral!

—Hé ahí un espíritu algo ineducado no importa...

En tanto, en la cama, dentro la alcoba regodeábanse de lo lindo, acariciándose con espamos placenteros, lujuriantes, Serafinillo y la bella esposa del evocador.

—¿Qué haces, espíritu?—volvió a preguntar muy serio Policarpo.

—Estoy metiendo la alhaja en su estuche!..

—Oh! Bien hecho!.. Se trata de un joyero sin duda—replica convencido el acérrimo partidario de *Allan-Kardeck*.

En aquel momento, Serafin y Restita que ya habían libado tres veces en la fuente castalia del amor y que comprendían la completa estulticia de Policarpo y su buena fé imbécil, volvieron a la sala...

—¿Que tal va eso... maridito?..

—Oh!.. Soy feliz... Somos felices todos verdad?.. ¿Y tu, mujercita adorada?

—Yo mas que nadie...

—Y por que razón?

—Por que he comprendido que el Serafin que yo evocaba no es tan incorporeo como yo supuse, allá en la selva...

En tanto, estrechábanse las manos ella y su amante y cambiaban un ardoroso beso. expresión del goce íntimo de ambos.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Papaita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma trinita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Pequitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vehículos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes cadenciles.—Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido.—¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Cenotolibertino.—Las NALGAS nacionales.—A punto de caramelo.—¡Viva cardo!—Los tres besos y medio.—El bosquecillo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas.—Acaparadora de besos.—Toma y daca.—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.—Sangre sita serrana.—Dime tu aliento.—La rendija deliciosa.—Cabecitas locas.—El muslo tentador.—Asaura pa l catre.—Besitos chupados.—Vientres movedizos.—Efluvios amorosos.—Fatiquillas sabrosas.—La reja de los suspiros.—El fogón de Manolita.—Una soca camelando.—Cachondeos matrimoniales.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires